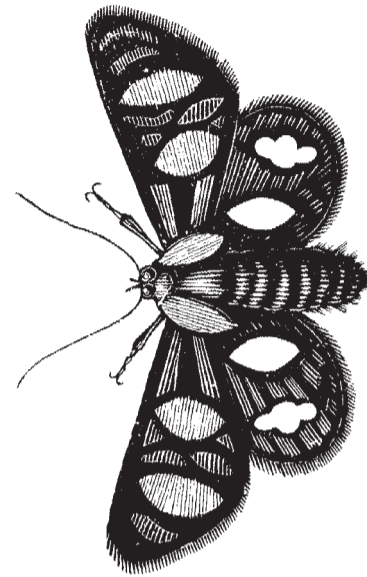
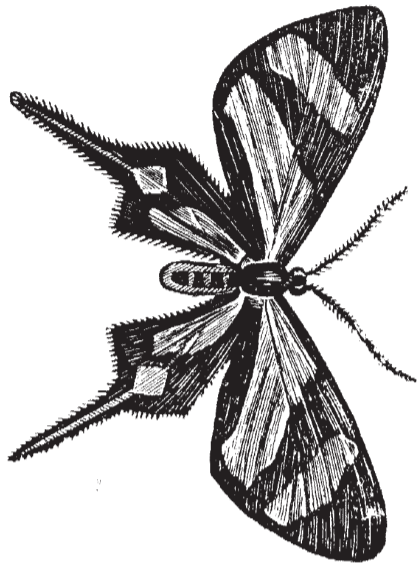


GONAWINDUA

De Rosario Lázaro Igoa



El primer día metí los pies hondo en el barro. Me dejé azotar por las lianas. Así empecé el cruce de esa extensión opresiva que nos rodeaba desde que dispusieran el fin del éxodo. Cuando se dieron cuenta de que no estaba, demasiado tarde, pensaron que había ido hacia un lado. Tomé la dirección contraria. Rumbeaba para la sierra, de espaldas a la ciénaga. Lejos de aquellos charcos sin principio ni fin que bien nos hicieron pensar que eran el océano. El primer día caminé sin descanso. Estaba sola, como nunca antes. Alivio. Ninguna cría acuosa y deslizante colgada de la pollera, que descarté nomás salir del pueblo. De calzones y lo que quedaba de una camisa blanca, almidonada por otra mujer igual a mí, cada vez más lejos. Las tetas hinchadas, surcadas de venas, empedradas a medida que pasaban las horas. Un machete en la mano, pero para abrirme camino. Hubiera sido absurdo cualquier recaudo. De morir, ya había hecho mis promesas y al fin de cuentas a nadie le importaron. Hincharse seca y que al cuerpo lo coman las hormigas, una imagen aberrante de momento, lejana como el pasado, aunque atrayendo todo hacia lo que inevitablemente vendría. Olor a demonio, dejarlos que hablen, responsable de lo que pase, muy solo, mi oro, mi ya no oro, y esos hijos zurumbáticos. Eso era la suma de lo que me había dejado decir o protestar. Empecé a cantar después de embarrarme. Esa misma noche, pensé que obtenía una respuesta. *Úr-su-la, Úr-su-la*, escuché que alguien repetía, en sílabas, manteniendo la acentuación en la primera sílaba, como se debe. Reconocí la voz de Melquíades, el otro esdrújulo. Alrededor, nadie, la noche densa de insectos y el agobio liberador de la nada. Una fiebre abrasadora. Las tetas hechas piedra. Primera noche. Quedaban más de cien por delante, o la eter-

nidad que había atisbado a desear. *Úr-su-la, Úr-su-la*, seguía diciendo el gitano avisado, que parecía estar ahí quieto, esperando que le respondiera. Me quedé inmóvil, como si con el silencio lo fuera a ahuyentar, a mandar tan lejos que no se le ocurriera volver. En mi haber, la visión del poco prudente varias veces. Me importaban un carajo los fantasmas. Hice el esfuerzo deliberado de no escuchar y esa otra voz se extinguió con el amanecer. Los primeros rayos de sol me encontraron ordeñando mi propio pecho, cantando.

*

Hoy es el día número setenta de esta expedición a la cima del mundo. Setenta atardeceres y amaneceres. Niebla hasta encapotar los sentidos. Estoy justo por debajo de las nubes, pero lo suficientemente alto para imaginar a los Buendía como insectos allá abajo. El pecho plano, acostumbrado a la ausencia. Por la noche, soñé que dormitaba plácida sobre una balsa, flotaba en una laguna esmeralda. De pronto, sentía una indisposición en la espalda. Al pasar la mano, encontraba que una cola de chanco salía de mi propio cuerpo, del final de la columna. Rosada, con forma de tirabuzón, suave, aterradora. Una escobilla de pelos en la punta, como la de mi primo virgen, el desangrado. Nada de eso me disuadía. Agarraba el machete y daba varias vueltas sobre la balsa, contoneándome, hasta lograr el ángulo aceptable y bajar el filo metálico. *Resquicio inmundo de la aberración contra la naturaleza*, grité mientras la revoleaba lejos. Rebotó en el tronco ancho de un despreciable *Cavanillesia platanifolia* que crecía junto a la laguna. Aterrizó a mis pies. Se movía aún, como cualquier miembro recién amputado. Ahí,

inmunda, estaba la condensación carnuda de nuestros desvelos y nuestras profanaciones, pero yo me reía. Reía y sangraba, y me pintaba entera roja, caliente, con la sangre pura e impura de nuestra estirpe de tiranos. Desperté transpirada, a pesar del frío. Tomé un poco de agua de deshielo y seguí cruzando pajonales y escalando rocas, mirando hacia la cima. Ya se veían los cóndores rozando casi las alturas.

*

La nieve dificulta cada paso. Saco una pierna y avanzo un paso más. No creo que alcance la cima. Ya pasaron cien días y recién ahora me doy cuenta de que nunca busqué a los gitanos. Tampoco a mi hijo. Las sombras del glaciar aturden de tanto turquesa. El sol cae recto sobre Gonawindua, el origen de todo, me dijeron unos pescadores antes de empezar a subir, apuntando a puras señas la cima. Aspereza y soledad. Desde que superé la altura de las nubes, tuve que amputarme tres dedos. Se habían puesto negros con el frío de la noche. Machetazo y fuera dedo. La primera vez casi morí del terror de la sangre en la nieve, ya ni dolor sentía. De a poco me he ido acostumbrando. Temo que tendré que seguir por las piernas. Lo que pasa allá abajo, en Macondo, me tiene sin cuidado. Voy a volverme planta en las cumbres. Un frailejón sin gracia, duro, compacto, resistente. O uno de esos cóndores que ya me miran a los ojos, que me cuentan que, de no volver, me libraré de batallar contra el abismo de la inconsciencia, de poner orden en una estirpe ya condenada, y de ser un cuerpo sujeto a la inclemencia de las lluvias sin fin de Macondo.

Rosario Lázaro Igoa (Uruguay). Nació en Salto en 1981. Es traductora, investigadora y escritora. Doctora en Estudios de Traducción (UFSC, Brasil). Del portugués e inglés, tradujo libros de Danielle McLaughlin, Edmund de Waal y Beatriz Bracher, además de cuentos y crónicas de Gerald Murnane y Dalton Trevisan, entre otros.

Coeditó y tradujo una antología de Mário de Andrade titulada *Crónicas de melancolía eufórica* (Alter, 2016). En prosa, publicó *Mayito* (2006), *Peces mudos* (Criatura, 2016) y *Cráteres artificiales* (Criatura, 2021). Cuentos suyos integran antologías en Brasil, Bolivia, Francia, Paraguay y Uruguay.